

tirlos menos, como lo dice el glorioso mártir san Cipriano con estas palabras (1): «Necesaria cosa es que todos los días de nuestra vida vivamos en tristeza y llanto, y que comamos el pan con sudor y trabajo. Y por esto cada uno de nosotros, cuando nace y entra en la posada deste mundo, comienza á llorar, y aunque por entónces, como inorante de todas las cosas, no sabe más que llorar, todavía con un natural instinto el ánima lamenta los trabajos, fatigas y tempestades del mundo en que entra y ha de pasar. Porque mientras durare la vida han de durar los sudores y trabajos, los cuales no pueden tener otro mayor alivio y consuelo que la paciencia y sufrimiento.»

De aquí suba otro escalon y conozca que no solamente es hombre, sino tambien pecador y merecedor de castigo, y que son menores las penas que padece que las culpas que cometió, y diga, con los hermanos de Josef (2): «Justamente padecemos estos males porque pecamos contra nuestro hermano y no le oimos cuando nos rogaba.» Y la santa Judit (3): «Consideremos que son menores nuestros trabajos de lo que por nuestros pecados merecemos.»

Y si por ventura la tribulacion es algun falso testimonio que le levantan, ó alguna vana sospecha de cosa que no tiene culpa, no por eso se justifique, sino agradezca al Señor que no la tiene en aquello que le impone, y conozca las otras muchas que tiene, por las cuales ha merecido aquella y otra cualquiera mayor tribulacion. El glorioso san Gregorio Magno, siendo perseguido y maltratado, contra razon y justicia, de Mauricio, emperador, le escribe estas palabras (4): «Yo soy hombre pecador, y porque continuamente ofendo á Dios, pienso que delante de su tremendo juicio es algun remedio de mis culpas el ser continuamente afligido por ellas, y creo que vos, señor, tanto más aplacais y ganais la gracia de Dios, cuanto, como á siervo suyo descuidado y flojo, más me afligis.»

Espántese de la bondad de Dios, que no le castiga, conforme á la gravedad de sus culpas, en el infierno, y le trata como un juez piadoso á un ladrón que, mereciendo, segun las leyes, pena de muerte, se contenta con tenerle pocos días en la cárcel.

Examine bien su conciencia y alimpiela y purifíquela, y despida de sí todo lo que viere que puede desagradar á Dios y tenerle enojado contra sí, y ser causa de aquella aflicion. Acuda á Él por oracion humilde y devota, por la confesion frecuente y sencilla, y recíbale á menudo en el sacrosanto Sacramento del altar con profundísima reverencia y filial amor. Porque las llagas que hace Dios, por ninguna otra mano, sino por la suya, se pueden sanar. Y las medicinas con que Él las suele curar son los santos sacramentos que Él instituyó,

(1) Lib. De bono patient.  
(2) Genes., iv.  
(3) Jud., viii.  
(4) Epist. xxv, lib. iv.

como unos saludables, divinos y eficaces remedios de todas nuestras dolencias, y particularmente el Sacramento del altar, que es Sacramento de los sacramentos y fuente copiosísima de la gracia, en el cual el mismo Dios se comunica al ánima afligida y necesitada, y la cura consigo mismo, siendo, no solamente médico sapientísimo, sino tambien medicina suavísima y eficazísima para sanar todas sus enfermedades.

Y para que haga todo esto con más facilidad y gusto, acuérdesse de lo que arriba enseñamos, que Dios nuestro Señor es la primera y principal causa de cualquier mal de pena y trabajo que nos venga, y que nos azota como padre, y que el mismo azote es señal de amor. Por tanto, aunque nos parezca que los trabajos que tenemos nos vienen por la malicia de los hombres, sepamos que no son ellos parte, ni todo el infierno, para quitarnos un cabello, si el Señor no se sirviese de su mala voluntad para nuestro bien. Que pues el demonio no tuvo poder de tocar en la hacienda y en la carne del santo Job (5) hasta que se le dió el Señor, y para entrar una legion de demonios en los puercos pidieron primero licencia á Cristo nuestro redentor (6), y todos nuestros cabellos están contados delante de su acatamiento, cierto es que no es parte nadie para empeñarnos sin su voluntad. Y así el mismo santo Job (7), aunque el demonio le habia muerto los hijos, y robádole y quemádole su hacienda, y llenado su cuerpo de una horrible y espantosa lepra, no atribuyó estas calamidades suyas al demonio, sino á Dios, que se habia querido servir dél para su bien, y por esto dijo: «El Señor nos lo dió y el Señor nos lo quitó; sea su nombre bendito.» Y conforme á esto, dice san Agustín (8): «Ninguno diga: El demonio me ha hecho este mal; atribuid á Dios vuestro azote, porque el demonio no os puede hacer más mal de lo que le es permitido ó para pena ó para correccion: para pena á los rebeldes, para correccion á los buenos.» Por esta misma causa dice el bienaventurado san Gregorio (9): «Siempre la voluntad de Satanás es perversa, pero nunca su potestad es injusta, porque de suyo tiene la voluntad, y de Dios la potestad.» Y así lo que él desea hacer injustamente, nunca Dios permite que lo pueda hacer sino justamente. Y ésta es la causa por que en los libros de los Reyes se dice (10) que el espíritu malo del Señor atormentaba á Saul. El mismo espíritu se llama espíritu del Señor y espíritu malo: del Señor, por la licencia justa que él le daba, y malo, por el deseo de su injusta y maligna voluntad. El casto y amable Josef, cuando fué conocido de sus hermanos, estando ellos atónitos y pasmados, les dijo (11): «No temais ni os parezca

(5) Job, i.  
(6) Luc., viii.  
(7) Job, i.  
(8) Aug., in psalm. xxxi.  
(9) Lib. ii, Moral., cap. vi.  
(10) I, Reg., xviii.  
(11) Gen., xlvi.

cosa dura y extraña que me hayais vendido para estas partes, porque Dios me ha enviado delante de vosotros para conservar vuestra vida y salud.» El santo rey David (1), cuando Semey le maldecía, dijo á sus capitanes, que le querian matar, que no lo hiciesen, porque Dios le habia mandado que le maldijese y afligiese, y que pues era así, que no era justo que ninguno dijese á Dios: ¿Por qué haceis esto? Pero más excelentemente que nadie nos ha enseñado esta verdad Cristo nuestro redentor, cuando, mandando á san Pedro que envainase el cuchillo, añadió: «¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre?» No dijo el cáliz que me ha aparejado Júdas ó los escribas y fariseos, porque sabia que todos estos no eran sino criados, que le servian la copa del Padre. Y cuando, maravillándose Pilato que no le respondia, teniendo él potestad de crucificarle y de librarle, le dijo el Señor (2): «No tendrias tú potestad ninguna contra mí si no te la hubiesen dado de arriba.»

La sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse della, y si pudiese, bebérsela toda; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo, el cual sería imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando más á lo que pretende la sanguijuela que á la intencion del médico. De la misma manera debemos hacer nosotros en cualquier trabajo que nos venga por parte de los hombres ó de las criaturas, pues todas ellas sirven al sapientísimo Médico de sanguijuelas y de remedios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y por esto el real profeta David se volvió á Dios como á médico soberano y le dijo, segun la traslacion del texto hebreo que hizo san Jerónimo (3): «Librad mi ánima de manos del hombre perverso, que es vuestro cuchillo, con el cual heris y castigais.»

### CAPÍTULO XIII.

De otros medios que podemos usar.

Demas desto, acuérdesse el que está afligido que Dios nuestro Señor es fiel en sus promesas, y verdadero y fiel amigo de los suyos, y que está más presente con ellos en sus tribulaciones que en ninguna otra cosa, aunque menos lo parezca. Cosa es muchas veces repetida y prometida en la Sagrada Escritura, el socorro y favor que da Dios nuestro Señor á los suyos cuando le llaman en el tiempo de la tribulacion; y por ser tan clara y tan sabida, no traigo aquí los lugares de las divinas letras que hablan desto; solamente diré lo que dijo san Bernardo sobre aquellas palabras del salmo (4): «Con el estóy en la tribulacion; librarlo he y glorificarlo he.» Dadme, Señor, dice este santo, siempre tribulaciones, para que siempre esteis conmigo. Y así, pida instantemente al Señor y procure criar en su pecho esta segura confianza; que Dios es su pa-

(1) II, Reg., xvi.  
(2) Joann., xix.  
(3) Psalm. xvi.  
(4) Bernar., in psalm. xc.

dre y está con él, y que no le puede venir trabajo ni pena que no sea por su mano, y que no es parte toda la potencia del mundo ni la del infierno para quitarle un cabello, como habemos dicho, sin su divina voluntad. Y aunque esté atado sobre el altar y debajo del cuchillo para ser sacrificado como otro Isaac (5), y en la cestilla de mimbres como estuvo Moisés (6), y ahorrado en la cárcel como Josef (7), y en el lago de los leones como Daniel (8), y en el horno de Babilonia como los tres mozos sus compañeros (9); aunque esté en medio de los hombres armados con las piedras para arrojárselas, como estuvo la casta Susana (10), y en el desierto como David (11), perseguido y cercado de Saul, y en el vientre de la ballena como Jonas (12), y desmayado debajo del enebro como Elías (13), y cercado de los soldados del Rey de Siria como Eliseo (14), y sustentado con pan de tribulacion y agua de angustia como Miqueas (15), y medio sumido y anegado de las olas, como san Pedro (16) y como san Pablo (17), en el abismo y profundidad de la mar, sepa cierto que volviéndose y llamando con puro y fiel corazón á Dios, le socorrerá y le dará la mano, y le sacará á puerto de quietud y tranquilidad. Digale, con el real profeta David (18): «Aunque camine por medio de la sombra de la muerte, no temeré las tribulaciones, porque vos, Señor, estais conmigo.» Y lo que dijo Job: «Señor, poneme á vuestro lado, y pelee quien quisiere contra mí.»

Tengo por cierto que tras la tribulacion vendrá la consolacion del Señor, y tras la noche el día, y tras el invierno áspero y frio, la primavera alegre y templada. Porque, así como el buen tañedor de vihuela no estira demasiado la cuerda, porque no se rompa, ni la afloja mucho, porque no haria consonancia y armonía, así aquel músico celestial no nos da siempre prosperidad, porque no aflojemos y perdamos la suave armonía de la virtud, ni tampoco nos aprieta siempre con trabajos y aflicciones, porque no quebrems y desesperemos en ellos; y comunmente la tristeza de la vigilia es pronóstico y señal de la alegría de la fiesta que tras ella Dios nos envia. Y así, dice san Gregorio (19): «Si miramos verdaderamente el curso desta nuestra vida, hallaremos que no hay en él cosa firme y estable, sino que, como el caminante unas veces anda por los campos llanos, otras por las sierras ásperas, así nosotros, ya gozamos de la prosperidad, ya somos

(5) Genes., xxii.  
(6) Exod., ii.  
(7) Genes., xxxix.  
(8) Dan., vi.  
(9) Dan., iii.  
(10) Dan., xiii.  
(11) I, Reg., xxiii.  
(12) Joan., ii.  
(13) III, Reg., xix.  
(14) IV, Reg., vi.  
(15) III, Reg., ii.  
(16) Matth., xiv.  
(17) II, Cor., xi.  
(18) Psalm. xxii.  
(19) Epist. xc, lib. iii.

apretados de la adversidad, y un tiempo sucede á otro tiempo, para que ni nos levante la prosperidad, ni la adversidad nos derribe. Por tanto, anhelamos por aquel que siempre es uno y el mismo, y no se muda con ninguna mudanza de tiempo, y con tal moderacion ha templado las cosas desta vida, que siempre, ó la adversidad se siga tras la prosperidad, ó al contrario, la prosperidad tras la adversidad, para que, humillados con la una, lloremos nuestras culpas, y recreados con la otra, no desfallezcamos, y la tengamos por áncora firme en nuestros trabajos.» Y Séneca dice (1): «Dios rige este reino que ves con varias mudanzas.» Tras los fiublados viene la serenidad, despues de la bonanza se turba el mar, los vientos soplan á veces, tras la noche sigue el dia, una parte del cielo sube y otra baja. Esta ley habemos de seguir, á ésta obedecer, y creer que todo lo que se hace se debía hacer, y no reprender á la naturaleza, porque es excelente cosa pasar con alegría lo que no se puede excusar, y sin murmuracion acompañar y obedecer á Dios, que es autor de todas las cosas. Este es grande ánimo, que se entrega á Dios, y por el contrario, aquél es pequeño y civil, que resiste y se queja del orden del mundo, y quiere ántes culpar á Dios que emendar á sí mismo.

Acuérdese que es mejor la adversidad que la prosperidad, como arriba dijimos, porque las cosas prósperas muchas veces estragan el corazon con soberbia, y las adversas, por el contrario, le purifican con el dolor. En aquéllas se levanta el corazon; en éstas, aunque esté levantado, se humilla. En aquéllas se olvida el hombre de sí mismo, y en éstas se acuerda de Dios. Por aquéllas muchas veces las buenas obras se pierden, por éstas las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánimo se conserva para no caer en otras. Y en efeto, son innumerables y maravillosos los frutos que saca el hombre de la tribulacion, si se sabe aprovechar della.

Pero el remedio más fuerte y eficaz para resistir y vencer todos los encuentros y golpes de la tribulacion, es considerar con atencion la vida y muerte de Cristo, nuestro redentor, y procurar de imitar su paciencia y mansedumbre; porque, ¿qué cosa puede parecer áspera á un hombrecillo y vil gusano, mirando á Dios por su amor enclavado en una cruz? ¿Qué no sufrirá por sus pecados el que ve padecer tanto por los ajenos al Señor de la majestad? Y así, el Apóstol, despues de haber contado las persecuciones y tormentos de muchos santos, y puéstolos por ejemplo de paciencia y constancia, dice estas palabras (2): «Por tanto, nosotros, que tenemos delante un escuadron de tales testigos, dejando el peso y la carga del pecado que nos cerca, corramos por la paciencia á la batalla que nos está aparejada, mirando siempre al autor y consumidor de la fe, Jesucristo, el cual, teniendo delante el

(1) Epíst. cvii.  
(2) Heb., xii.

gozo, y despreciando la confusion y oprobrio del mundo, padeció en la cruz y está asentado á la diestra del trono del Padre.» Acordaos, pues, de aquel que padeció de los pecadores tan grande contradiccion é ignominia, para que no se cansen ni desfallezcan vuestros corazones, porque aún no habeis peleado ni resistido al pecado hasta derramar la sangre, y estais olvidados de la consolacion, que os habla como á hijos y os dice: «Hijo mio, no tengas en poco la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando fueres de Él castigado.» Todas éstas son palabras del apóstol san Pablo.

Finalmente, debemos considerar que la grandeza de aquella bienaventuranza que aguardamos y alcanzamos por medio de los trabajos, sobrepuja infinitamente á todos los que en esta vida podemos padecer, como lo dice el mismo Apóstol por estas palabras (3): «No tienen que ver las aflicciones que padecemos en esta vida, cotejadas con la gloria advenidera que esperamos.» Y en otro lugar (4): «El trabajo momentáneo y liviano de nuestra tribulacion es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.» Los que pasan algun rio caudaloso é impetuoso no miran á la corriente de las aguas, porque no se les turbe y desvanezca la cabeza; mas ponen los ojos en el cielo ó en la tierra firme y estable. Lo mismo habemos de hacer nosotros, que para que las aguas violentas y furiosas de las tribulaciones no nos turben y hagan perder el sosiego y la quietud de nuestra alma, debemos desviar dellas los ojos, y fijarlos en el cielo y en aquella tierra firme, perpétua y segura de los vivientes que esperamos.

Todos estos frutos y esperanzas pierden los malos con su impaciencia, con la cual los mismos trabajos se hacen más pesados y duros de llevar, pues de grado ó por fuerza, queramos ó no queramos, los habemos de llevar, y llevándolos de buena gana, se hacen más ligeros; porque, como dice Boecio (5): *Beata sors omnis est equanimitate tolerantis*. No hay suerte ninguna tan trabajosa, que no sea dichosa y bienaventurada si se lleva con paciencia y ánimo sosegado; y al contrario, llevando los trabajos cansadamente, son insufribles, porque la carga se hace mayor, y sola la impaciencia ya es una sobrecarga, que pesa más que la misma carga.

Gran prudencia es saber el hombre divertirse y entretener el corazon en cosas que le den alivio y esfuerzo cuando anda caido y desmayado, y con leer á ratos un buen libro, ó oír un buen sermón, ó platicar con algun amigo fiel y prudente, ó espaciarse y recrearse en algun honesto entretenimiento, engañar sus penas y sustentar la flaqueza humana, y aprovecharse de los remedios corporales para los trabajos del cuerpo, y de los divinos para el mismo cuerpo y para el ánimo, de donde muchas veces se suelen derivar y comunicar al cuerpo los contentos y las penas.

(3) Roman., viii.  
(4) I. Cor., iv.  
(5) Lib. ii De hon. pros., 4.

Sea, pues, la conclusion deste capitulo, que nos pongamos, como un enfermo que desea mucho la salud, en manos del Médico sapientísimo y soberano, y le digamos, con san Agustin: «Señor, cortad aquí y quemad aquí, con tal que nos perdoneis eternamente.» Que pues lo hacemos cada dia con los médicos corporales, en los cuales hay tan poca seguridad y acierto en la calidad y cantidad de las purgas que recetan, y en los remedios peligrosos y dolorosos que ordenan, más justo es que lo hagamos con aquel divino Médico, que es autor de nuestras penas y solo las puede curar; porque, así como no hay pena ni dolor que no venga por la mano del Señor, así no hay fuerza para resistirle sino la suya, y ésta nunca nos faltará si nosotros no faltamos, confiando en nosotros mismos y desconfiando de Él. Estando santa Felicita con gravísimos dolores de parto en la cárcel, y quejándose, le dijeron los ministros de justicia, que eran infieles, que si no podía padecer los dolores del parto, ¿cómo podría pasar los horribles y atroces tormentos que le estaban aparejados? Respondió la Santa muy discretamente: «Ahora padezco yo por mí; entónces padecerá Cristo en mí.» Y por esto en el *Martirologio romano*, á los siete de Marzo, hablando desta santa, se dice, alegando á san Agustin: «Con los dolores del parto se quejaba, y echada á las bestias fieras, se gozaba.» Y es así, que Él padece en nosotros, vistiéndonos de su virtud, y nosotros padecemos en Él, alentados con su espíritu y esforzados con su vigor y gracia. Por esto llamó el Profeta al Señor (1) su paciencia, porque no solamente nos manda que la tengamos, sino porque nos da lo que nos manda. Y por esto nos debemos siempre sujetar en todo á su divina disposicion, y procurar en todos los tiempos, de prosperidad y de adversidad, de dia y de noche, mirar á Él y tener fijo nuestro corazon en Él, como el aguja de marear mira y no se desvia del Norte; porque si no le perdemos de vista, tendremos guía cierta y segura para pasar el golfo tempestuoso desta vida, y podrémos contrastar y vencer las horribles ondas y furiosos vientos de la tribulacion.

#### CAPÍTULO XIV.

De la conformidad que debemos tener con la voluntad de nuestro Señor.

Todos éstos son maravillosos medios para hallar alivio en nuestros trabajos, y en la tormenta tranquilidad. Pero mucho importará pedir muy de véras á nuestro Señor que nos dé una perfetísima conformidad con su voluntad. Y que, por más áspero y penoso que sea el camino por el cual quiere que vamos, vamos siempre por él con contento y alegría, queriendo lo que Él quiere. No porque en sí á nuestro gusto estragado sea sabroso, sino porque aunque sea desabrido, se hace sabroso con la dulzura de su beneplácito y santísima voluntad, la cual es la regla de todas las buenas voluntades, y

(1) Psalm. lxx.

en tanto es una y se puede llamar buena voluntad, en cuanto se conforma con la voluntad divina; y en tanto mala, en cuanto discrepa y se desvia della. Y aquella voluntad es más perfeta y mejor, que está más nivelada con este nivel, y aquella más imperfeta y perversa, que más desdice y se aparta desta perfetísima medida y regla; porque, así como es más resplandeciente la cosa que más participa de la luz del sol, y más caliente la que es más semejante al fuego, y más ligera la que está más conjunta al movimiento y velocidad del primer mobile, porque cada cosa destas es la primera, en su género y medida, de las demas; así la voluntad que está más rendida y sujeta á aquella voluntad que es metro y mensura de todas las voluntades, que es la de Dios nuestro Señor, es más acertada y derecha. Por esto, sobre aquellas palabras del salmo: «Á los rectos les conviene la alabanza», dice la glosa (2): «Aquél tiene el corazon recto, que quiere lo que Dios quiere.» Y en otra parte dice (3): «Porcoído tiene el corazon el que no quiere lo que Dios quiere.» Conforme á esto, dice san Agustin (4): «La justicia de Dios alguna vez quiere que estés sano, y otra que estés enfermo; si cuando estás sano la voluntad de Dios te parece dulce, y amarga cuando estás enfermo, no tienes derecho corazon; ¿por qué? Porque no quieres enderezar tu voluntad y nivelarla con la voluntad de Dios, sino torcer la voluntad de Dios á la tuya. La voluntad del Señor derecha es, y la tuya torcida, y por esto la tuya se ha de enderezar y regular con la de Dios, y no la de Dios torcerse con la tuya, y desta manera tendrás recto el corazon. Ciceron dice (5) que la verdadera amistad consiste en un querer y no querer: en querer lo que quiere, y en no querer lo que no quiere el amigo. En ninguna cosa muestra el hombre más lo que quiere á Dios, que en esta verdadera amistad y en la conformidad y sujecion de su voluntad, y en querer lo que quiere y en no querer lo que no quiere. Esto es lo más subido y perfeto del amor, esto lo que levanta y sube de punto la virtud, esto lo que de hombres hace ángeles, y estando aún en este cuerpo mortal, nos hace moradores del cielo. Todas las personas que tratan de oracion y mortificacion, y de aventajarse en la excelencia y perfeccion de la vida cristiana, deben procurar con grande ahinco alcanzar este rendimiento y conformidad con la voluntad de Dios. A este blanco han de enderezar sus deseos, éste debe ser el fin de sus santos ejercicios, ésta la suma y fruto de sus trabajos. Tanto piense cada uno haber aprovechado en el camino de la virtud, cuanto hubiere aprovechado en esto, y sepa que tendrá tanto más de descanso y quietud, cuanto ménos fuere suyo y más fuere de Dios, abnegándose á sí, y desapropiándose de su voluntad, resignándose en todo y por todo en la voluntad divina, y haciéndose una cosa con ella. El rey David

(2) Psalm. xxxii.  
(3) Psalm. cx.  
(4) Aug., in psalm. xxxv.  
(5) Cicer., De Amicit.

fué llamado de Dios varon segun su corazon, por esta resignacion perfetissima que tenia á la divina voluntad, y porque tenia su corazon tan rendido y sujeto al corazon del Señor, y tan aparejado para cualquiera cosa que Él quisiese imprimir en él, de trabajo ó de alivio, como está una cera blanda en las manos del artifice para recibir cualquiera figura ó forma que le quisiere dar (1). Que por esto dijo él dos veces: «Aparejado está mi corazon, Dios mio; aparejado está mi corazon.» Y vióse bien este rendimiento de corazon cuando, huyendo de su hijo Absalon, mandó á los sacerdotes que le acompañaban con el Arca del Testamento, que se volviesen con ella á Jerusalem, para que el Arca no anduviese peregrinando y estuviese en peligro. Y añade estas admirables palabras (2): «Volved el Arca á la ciudad; si yo hallare gracia en los ojos del Señor, Él me restituirá y me la mostrará, y su tabernáculo. Y si me dijere: No me agradas, no quiero que seas rey; aquí estoy, haga de mí lo que fuere servido.» Y el apóstol san Pablo, cuando Dios le derribó y cegó para levantarle y alumbrarle, y hacerle vaso escogido de su santo nombre, la primera cosa que aprendió en la celestial escuela fué esta resignacion y á decir (3): «Señor, ¿qué quereis que haga?» Y cuando el mismo apóstol iba á Jerusalem, y Agabo, que era profeta, le profetizó que habia de ser en ella preso y maniatado de los judios, y se lo quisieron estorbar, respondió con esforzado y valeroso corazon (4): «¿Por qué llorais y afligis mi corazon? No solamente estoy aparejado para ser preso, sino para recibir la muerte en Jerusalem por el nombre de mi Señor Jesucristo.» Y todos los otros discípulos, que le querian estorbar la jornada, se quietaron y sosegaron, diciendo: «Hágase la voluntad del Señor.» Pero ¿para qué traemos otros ejemplos, teniendo por dechado desta doctrina á Cristo, nuestro redentor, el cual en todas sus acciones nos enseñó esta dependencia de la voluntad divina? Pues en una parte dice (5) que bajó del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de su Padre, que le habia enviado; y en otra (6), que no estaba solo, sino que su Padre estaba con Él, porque hacia lo que le agradaba; y en otro lugar dijo (7) que su manjar era hacer la voluntad del que le habia enviado al mundo. Y estando para partirse dél, y en aquella agonía del huerto, aunque, como hombre que sentia sus penas y estaba angustiado por la representacion de los tormentos que habia de pasar, y de la horrible muerte que tenia delante de los ojos, con inclinacion natural suplicó al Padre eterno que si era posible le librase de aquel cáliz amargo y desabrido, luégo, con el apetito racional y superior, añadió (8):

(1) Act., xiii.  
 (2) II, Reg., xv.  
 (3) Act., ix.  
 (4) Act., xxi.  
 (5) Joan., vi.  
 (6) Joan., viii.  
 (7) Joan., iv.  
 (8) Matth., xxvi.

«Pero hágase, no lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.» En lo cual nos declaró el Señor que no es pecado huir naturalmente el trabajo y la cruz y la muerte; pero que debemos con la razon reformar este natural apetito, y con el espíritu del cielo esforzar nuestra flaqueza y abrazar lo que ella aborrece, por conformarnos en todo con la divina voluntad. Y esto mismo nos enseñó cuando en la oracion del Padre nuestro manda que digamos (9): «Hágase vuestra voluntad como en el cielo, así en la tierra»; en la cual peticion está cifrada la suma de todo nuestro bien, el cual consiste en que nuestra naturaleza depravada se reforme y enfrene sus apetitos desordenados y bestiales con la ley del Señor, y obedezca perfetamente á sus mandamientos, obrando lo que Él manda que obremos, y huyendo de lo que Él quiere que huyamos, y contentándonos con el estado que por la divina disposicion nos ha sido dispensado, y con la suerte de pobreza ó de riqueza, de alteza ó de bajeza, de salud ó de enfermedad, de adversidad ó de prosperidad, ó de otra cualquier condicion ó manera de vida que el Señor nos haya repartido. Y esto con aquella alegría, resignacion y prontitud cuanto nos fuere posible, segun el estado desta nuestra peregrinacion y flaqueza, con que todos los santos del cielo, y aquellos purisimos espíritus que le asisten y gozan de su bienaventurada presencia lo hacen, queriendo siempre lo que Él quiere y estando colgados de sus mandatos. De manera que habemos de procurar tener la misma voluntad que el Señor tiene en lo que Él quiere que la tengamos; porque, como dice san Anselmo (10), ninguna voluntad es justa sino la que quiere lo que Dios quiere que quiera. Y desto se sigue que no está el hombre obligado á querer todo lo que quiere Dios, sino á querer todo lo que Él quiere que quiera. El hijo, como dice san Agustin (11), obligado está á desear que viva su padre, y esto quiere Dios que él quiera, aunque por otra parte el mismo Dios quiere que muera el padre. Y la razon desto es, porque la voluntad divina no es regla de la voluntad del hombre, que es criatura racional y libre, sino en cuanto le propone lo que quiere que haga ó deje de hacer; ni el súbdito está obligado á conformarse con la voluntad de su superior hasta que el superior le declare su voluntad. Y cuando el Señor nos manifiesta la suya, pecho por tierra la habemos de obedecer y querer lo que Él quiere que queramos, y no querer lo que Él quiere que no queramos; porque en esto, como dijimos, está la suma de nuestro bien y perfeccion. Y por este medio el ánima se viene á unir con Dios como con su último fin, abnegando su propia voluntad y cumpliendo la divina, y procurando de ser de tal manera una cosa con Él, que por ninguna cosa que se pierda, pierda ella su paz y quietud. En un diálogo que escribió santa Catalina de Sena, *De la absoluta perfeccion del cris-*

(9) Matth., vi.  
 (10) Lib. *De lib. arb.*, esp. vi.  
 (11) Aug., *Enchirid.*, cap. ci.

tiano, dice, entre otras cosas (1), que Cristo nuestro Señor, su dulcísimo esposo, le habia enseñado que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y que se encerrase y morase perpetuamente en él, y que no sacase dél jamas ni ojo ni pié ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio por ventura le pareciera aquel aposento estrecho y angosto, despues hallaria en él grandes anchuras, y sin salir dél pasaria por las moradas eternas, y alcanzaria en poco tiempo lo que fuera dél no se puede alcanzar en mucho. Ésta es, como dijimos, la suma y todo el caudal de nuestra perfeccion, que consiste principalmente en la caridad, y della, como de su raiz, nace esta sujecion y rendimiento total á la divina voluntad, que es un tesoro de inestimables bienes y merecimientos.

## CAPÍTULO XV.

Cómo podremos merecer con los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad.

Y si alguno me preguntare cómo puede agradar á Dios y ser de algun merecimiento lo que padece el hombre contra su voluntad, pues no hay pecado ni virtud, culpa ni merecimiento que no sea voluntario, respondo que así es; pero que podemos, con el favor del Señor, hacer de la necesidad virtud, y lo que al principio era involuntario y sin mérito alguno, abrazarlo de tal manera con nuestra voluntad, que sea voluntario y nos acarree grandísimos merecimientos. Como el que en una peligrosa tormenta echa su hacienda en la mar por no perderse, aunque le pesa de perder su hacienda y no querría echarla, y por esta parte la echa contra su voluntad; pero mirando que la necesidad le obliga á perder la hacienda ó á perder la vida, quiere antes perder la hacienda que no la vida, porque estima más la vida que la hacienda. Y por esto echa en la mar su hacienda por su propia voluntad, y quiere voluntariamente por hallarse en aquel trance peligroso, lo que no quisiera si no se hallara en él. Desta manera debemos hacer nosotros, que ya que por nuestra poca virtud y tibieza no deseemos ni busquemos los trabajos, ni los tomemos por nuestras manos por agradar y servir más al Señor, á lo ménos cuando Él los enviare y la enfermedad nos apretare, ó la pobreza y pérdida de hacienda nos congojare, ú otro cualquier trabajo y disgusto nos fatigare, hagamos de la necesidad virtud, y queramos lo que quiere su divina voluntad, aunque sin ella no lo quisiéramos, y ofrezcámoslo al Señor y hagamos sacrificio de la nuestra con entera resignacion de nosotros mismos, la cual puede ser que sea tan fervorosa y eficaz, que agrade á Dios tanto como si por nuestra propia voluntad tomáramos aquel trabajo ó incomodidad y molestia que pade-

(1) *Ex dialogo sancte Catherina Senensis consummatam continentia perfectionem.*

ceamos. Gerson dice que mereció más Job con la paciencia que tuvo, cuando el demonio le quemó la hacienda, que si por su voluntad la hubiera dado á los pobres; que algunas veces vale más el sufrimiento con paciencia de los azotes que Dios nos envia, sin quejarnos ni murmurar, ni reprender los juicios de Dios; ni tener ódio ni rancor á los que nos afligen, que el abrirnos á azotes y despedazar nuestras carnes con impaciencia.

Quando el santo Job (2) perdió los hijos y la hacienda y la salud, no fué él á buscar ni provocar á Satanás para que le tentase, sino el demonio le buscó á él; pero el Santo se aprovechó de aquella ocasion y conoció el azote de la mano del Señor. Ni el santo Tobías (3) tomó por sus manos la ceguera, antes se habia puesto á reposar cuando Dios por medio de las golondrinas se le envió. Ni el casto Josef se vendió á los ismaelitas (4) ni entró en la cárcel por su voluntad. Ni David, cuando el rey Saul le perseguia ó Semey le maldecia (5), gustaba, segun su natural inclinacion, de aquel trabajo que padecia; mas considerando estos santos que no les podia venir ninguno sino por la voluntad del Señor, conformábanse con ella, queriendo lo que él queria. Unas veces nosotros buscamos y hallamos los trabajos y dolores, y otras ellos nos buscan y hallan; pero en la una y en la otra manera debemos acudir al Señor y consolarnos con su voluntad y providencia; que por eso dijo David en una parte (6): «Yo he hallado la tribulacion y el dolor.» Y añade: «Y invoqué el nombre del Señor.» Y en otra dice (7): «La tribulacion y la angustia me han hallado, pero yo meditaré en vuestros mandamientos.» Género de descomedimiento y de mala crianza es volver á la cara cualquiera cosa que se nos envíe, y tanto es mayor la descortesía, cuanto es mayor el que la envia; y así lo es, y grandísima, no querer recibir lo que nos envia el Señor, aunque sean trabajos, y darle con ellos en el rostro.

Si un señor convidase á algun escudero con su casa, y le pidiese que le viniese á servir, y él, porque por entónces no le estaba bien, no quisiese, y despues, trocadas las cosas, se viese en necesidad, y rogase á aquel señor le recibiese en su casa y se sirviese dél, segun las leyes y pandonores del mundo, por ventura aquel señor no le querrá recibir, por parecerle que, pues el escudero no quiso cuando le rogaba, no es justo que él quiera cuando el otro le ruega, ni que abra la puerta de su casa á quien tuvo tan cerrada la de su voluntad cuando le convidaban con ella. Esto hacen los gusanos de la tierra; mas el Rey soberano del cielo y de la tierra, y príncipe de inestimable majestad, no lo hace así con los gusanos viles y despreciados de

(2) Job, i.  
 (3) Tob., ii.  
 (4) Gen., xxxvii y xxxix.  
 (5) Reg., i y ii, cap. xvi.  
 (6) Psalm. cxiv.  
 (7) Psalm. cxviii.

la tierra, que somos los hombres. Antes de cualquier manera y con cualquier ocasion que vamos á Él, nos acoge y recibe con buen rostro, y por mucho que nos haya rogado é importunado infinitas veces, y convidádonos con su casa, y llamado y dado aldabadas á nuestra puerta, y nosotros, como malos criados, no le hayamos respondido ni hecho caso de sus ofertas, promesas y regalos, si despues, forzados de la necesidad y como por los cabellos, no hallando remedio ni consuelo, ni adónde poner el pié en alguna criatura, volvemos á Él y le suplicamos que nos admita en su casa, nos sale al encuentro, y con los brazos abiertos nos acoge, y se olvida de las veces que nos rogó y no quisimos, por el deseo amorosísimo que tiene de nuestro bien.

Esta manera, pues, podemos merecer y hacer que sea voluntario lo que de suyo no lo es. Y puesto caso que la sensualidad y la flaqueza de nuestra naturaleza repugne y sienta su dolor, y quiera salir dél, y busque los medios para ello, no por eso desmayemos ni pensemos que está todo perdido, ántes venzamos con la razon y con la voluntad libre y superior esta natural inclinacion, y sustentemos con el espíritu del Señor y con esta nuestra resignacion y sujecion nuestra flaqueza, porque ésta es la que mira y galardona el Señor, el cual nos deja la otra inferior inclinacion para ejercicio y materia de virtud, y para que sea tanto más ilustre nuestra vitoria, cuanto más dura hubiere sido la pelea.

#### CAPÍTULO XVI.

De los remedios particulares que habemos de usar en las particulares tribulaciones.

Los medios que habemos dicho en los capítulos pasados para aliviar nuestras penas y hallar descanso en la tribulacion son remedios generales, de los cuales nos podemos aprovechar en cualquier linaje que tengamos de cruz y aflicion, y ellos solos bastan, si sabemos usar dellos, para darnos entero consuelo y convertir nuestro llanto en alegría. Pero, demas destos remedios generales, hay otros, de que podemos usar como de medicinas propias para algunas enfermedades particulares, que cuando se aplican con sazón y tiempo tienen grande eficacia para sanarlas. De algunos destos remedios particulares tratarémos ahora con brevedad, remitiéndonos á lo que más difusamente otros muchos y graves autores han escrito.

Algunos hay que son muy afligidos de la pobreza, y más si en algun tiempo fueron ricos y ahora se ven pobres, ó tienen hijos y familia, sin hacienda para sustentarla, ni salud ni industria para ganarla; los cuales tanto más suelen ser combatidos, cuanto ven que otros que no son mejores que ellos son ricos y tienen copia y abundancia de los bienes temporales, y los gastan y derraman viciosa y superfluamente.

Estos tales, para su consuelo, deben considerar que el estado de la pobreza, aunque en los ojos de

los hijos del siglo sea despreciado y miserable, no lo es en los ojos del Señor, ántes es más alabado y tenido por más dichoso y bienaventurado que el de los ricos. Pues el unigénito Hijo de Dios, y Rey de gloria, y Príncipe soberano y Señor de todo lo criado, viniendo á este mundo, y pudiendo tomar el estado rico ó pobre á su voluntad, escogió suma pobreza, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, y no teniendo cosa suya en la vida, ni dónde reclinar su cabeza en la muerte, ni despues della, propia sepultura. Y pues él, siendo rico, y la mina, vena y fuente de todas las riquezas, se hizo pobre por nosotros, señal es que la pobreza, no solamente no es mala, pero que es camino más llano y seguro para alcanzar el tesoro de la gloria inestimable que esperamos. Que por esto el mismo Señor llama bienaventurados á los pobres y amenaza á los ricos (1), y por el Profeta dice (2) que los ojos del Señor miraban al pobre, y que sus oídos están atentos á los ruegos dél. Y Santiago dice (3) que Dios escogió á los pobres en este mundo para hacerlos herederos del reino que prometió á los que le aman.

Considere, lo segundo, que aunque las riquezas parezcan rosas, verdaderamente no son sino espinas, y así las llamó Cristo nuestro Señor en el Evangelio (4), porque lastiman y punzan el corazón con el deseo y solicitud de adquirirlas, y despues de adquiridas con el temor de perderlas, y cuando se pierden con el dolor y tristeza, la cual suele ser igual al amor y aficion con que se poseian. Y por esto dijo san Bernardo (5): «El amor insaciable de las riquezas mucho más affige el ánima con el uso dellas, que las recrea, porque el adquirirlas está lleno de trabajos, y el poseerlas de temor, y el perderlas de dolor.» Y en otro lugar dice (6): «Bienaventurado el que no va tras aquellas cosas que poseidas cargan, amadas ensucian, perdidas affigen. ¿No es mejor despreciar con honra lo que con dolor has de perder? Y demas destas congojas y zozobras que las riquezas causan en el corazón del que las desea, posee ó pierde, hay otros peligros más dañosos, de los cuales dice el apóstol san Pablo (7) que los que desean ser ricos caen en muchas tentaciones y lazos de Satanás, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, los cuales acarrear al hombre muerte y perdicion. Porque la raíz de todos los males es la codicia, que es servidumbre de falsos dioses y un género de idolatría, y por esto el mismo apóstol ordena á su discípulo Timoteo que enseñe y mande á los ricos que no se desvanezcan y pongan su confianza en las riquezas, porque son inciertas y fugitivas, sino en Dios vivo, que es el que las da. Y el profeta David les dice (8)

- (1) Matth., v.
- (2) Psalm. v et x.
- (3) Jacob., xxii.
- (4) Matth., vii.
- (5) In quodam sermone.
- (6) Epist.
- (7) I, Tim., vi.
- (8) Psalm. lxi.

que si hubiere copia de riquezas, no pongan en ellas el corazón. Y conforme á esto, considere que los mayores santos han sido más pobres, y que muchos que eran ricos dejaron las riquezas, como carga pesada y embarazosa, para librarse de las molestias y peligros que traen consigo, y hallar más fácilmente á Dios. Y aun algunos filósofos y gentiles las menospreciaron de manera, que las echaron en la mar, para poder filosofar más libremente y atender al estudio de la sabiduría.

Considere asimismo que ni el deseo y codicia de las riquezas, ni el dolor y tristeza de la pobreza son parte para que el que es pobre se haga rico y salga de necesidad, sino para que ella se haga más insufrible y se acreciente con la pena. Y que, como dice Casiano (1), es gran desventura padecer las congojas de la desnudez y pobreza, y perder por nuestra culpa los frutos y tesoros que por ello podríamos alcanzar.

Finalmente, acuérdesese que ha de morir, y por ventura más presto de lo que piensa, y que saldrá deste mundo tan desnudo como entró en él, y que en aquella hora tendrá ménos cuidados y dolores que el rico, pues tendrá ménos que dejar y de que dar cuenta á Dios, y que por la pobreza llevada con paciencia y alegría irá á lugar de descanso con Lázaro mendigo; y si fuera rico, por ventura bajará á los infiernos, como lo hizo el rico avariento (2).

Y si en algun tiempo fué rico y se halló con abundancia y prosperidad, y al presente se ve pobre y cercado de hijos y necesidad, no por eso desmaye, sino ponga los ojos en aquel Señor que siendo rico, como habemos dicho, se hizo pobre para enriquecernos y darnos ejemplo con su pobreza; y diga, con el santo Job (3): «El Señor lo dió y el Señor lo quitó; sea su nombre bendito»; y haga gracias á nuestro Señor, que le quitó un enemigo que nos suele hacer cruelísima guerra, y muchas veces destruírnos y acabarnos. Porque, demas de los tres enemigos mortales que todos los hombres tenemos, que son: demonio, mundo y carne, los ricos tienen otro particular, que son sus mismas riquezas, las cuales con el regalo ablandan, y con la ocasion de pecar corrompen, y con la esperanza de salir con lo que quieren sin castigo, pervierten y arruinan sus ánimas. Por esto dijo el Espíritu Santo (4): «Si fueres rico, no serás libre de pecado.» Y san Agustín dice (5) que la codicia y amor de las riquezas no teme á Dios ni tiene respeto á hombre, no perdona al padre, ni conoce á la madre, ni obedece al hermano, ni guarda palabra al amigo; oprime á la viuda, atropella al pupilo, hace esclavos á los que son libres, dice falsos testimonios, entrégase en la hacienda de los muertos, como si los que lo hacen no hubiesen de morir; y añade: «¿Qué

- (1) Lib. vii, De instit. monast.
- (2) Luc., xvi.
- (3) Job, i.
- (4) Eccles., xi.
- (5) August., De verbis Domini.

locura y desatino tan grande, perder la vida y apeteer la muerte, adquirir oro y perder el cielo!»

Acuérdesese de lo que dice Job (6): «El rico cuando durmiere no llevará nada consigo; abrirá sus ojos y hallará las manos vacías.» En las cuales palabras nos da á entender dos cosas. La primera, que toda esta vida es un sueño, y que los que poseen muchas riquezas y grandes bienes y se tienen por ricos, realmente no lo son, sino que sueñan que son ricos. Delítanse en las riquezas que sueñan que tienen, y en despertando á la hora de la muerte, se hallan pobres, desventurados y con las manos vacías. La otra, que cuando duermen los ricos, como dice Job, abren los ojos, lo cual es contra el uso y costumbre de los que duermen. Porque cuando queremos dormir cerramos los ojos, y cuando despertamos los abrimos. Y el santo Job dice que cuando el rico duerme abre los ojos, para darnos á entender, como dice san Gregorio (7), que cuando muere y duerme el cuerpo en la sepultura, entónces se abren los ojos del alma, para ver y conocer que todas las cosas deste mundo son una representacion y vana figura. Y que hace Dios gran merced al que en esta vida le quita los estorbos y lazos de las riquezas, y hace que las deje ó pierda, ántes que ellas le dejen ó pierdan á él.

No se congoje si tiene familia que sustentar sin hacienda, y sin fuerzas ó industria para ganarla, ni por eso desfallezca; ántes confie en el Señor, que le dió el sér que tiene sin merecerlo, y lo hizo capaz de su gloria, y derramó su sangre por él, y sustenta los pajaritos del aire, y los peces de las aguas, y los gusanos de la tierra, que le dará todo lo que hubiere menester para criar los hijos y para sustentar la familia que el mismo Señor le dió, pues está á su cargo y nació con su confianza, y Él así lo tiene prometido, y muchas veces la falta que tenemos de socorro es por falta de confianza, ó por querer Dios nuestro Señor ejercitar la que tenemos y acrecentar nuestra fe. Pues es verdad infalible lo que dice el apóstol san Pablo (8), que nunca deja Dios al hombre de manera, que sea tentado sobre sus fuerzas, ántes cuanto son más fuertes las peleas, tanto son mayores las fuerzas que Él añade para que podamos resistir. Por esto el mismo Salvador llama á sí y convida á todos los cargados y afligidos para darles descanso, y les dice (9) que tomen sobre sí su yugo, y que así hallarán quietud y reposo para sus ánimas, porque su yugo es suave y su carga ligera. Y no lo sería si no fuese por este socorro y favor divino, con el cual alentada el ánima, puede en Dios lo que no puede en sí. Que aun por esto se llama esta carga yugo, porque le llevan dos, que son el hombre y Dios; que solo el hombre no puede, y en abajando el hombre la cabeza para llevar el yugo, parece que está del otro lado el Señor, ayudándosele

- (6) Job, xxvii.
- (7) Greg., lib. xviii, cap. xxi.
- (8) I, Cor., x.
- (9) Matth., xi.